

TENDENCIA DE LOS CONSUMOS DE ALIMENTOS EN COLOMBIA*

SALOMÓN KALMANOVITZ **

“El hombre es lo que come”.

Ludwig Feuerbach.

En un tipo de economía como la colombiana, caracterizada por salarios que tienen muy poca ligazón con la productividad social del trabajo, estos son por lo general muy bajos y una parte de ellos, que llega a ser más de la mitad, se dedica a la adquisición de alimentos. Mientras el salario mínimo en Colombia era en enero de 1979 de US\$ 3.10 diarios, en Estados Unidos era de US\$ 3.75 la hora, al tiempo que la jornada de trabajo acá era un 20% más larga (48 horas a la semana contra 40), lo que representa una diferencia abismal de 12 veces. Las diferencias de productividad industrial en 1974¹ eran de sólo 4 veces

* Esta es una parte de la investigación “Las Transnacionales y la Agricultura en Colombia”, bajo la dirección internacional de Gonzalo Arroyo en el marco de América Latina. Agradezco a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional por haberme concedido una liberación parcial de carga académica para llevar a cabo este trabajo.

** Profesor Asociado del Departamento de Economía de la Universidad Nacional.

¹ OIT, *Anuario Estadístico del Trabajo, 1976*, Ginebra, 1977 y *Statistical Abstract of the USA, 1975*, Washington, 1976.

en términos de valor agregado por trabajador o sea que un capitalista operando en el país estrujaba 3 veces más trabajo sobrante a cada obrero que el correspondiente a un empresario yanqui.

Si de tal tipo de salarios, el trabajador colombiano consumía el 52.6% en alimentos en 1970, el obrero norteamericano no dedicaba más del 20% al mismo rubro, teniendo en cuenta que no sólo el salario era muy superior sino que la productividad del trabajo en la agricultura norteamericana era 8 veces superior a la local, lo que debía generar precios relativos mucho más favorables al trabajador norteamericano. La participación de los alimentos en el gasto familiar para el trabajador colombiano ha aumentado aún más durante los últimos 8 años, como resultado del proceso de acumulación inflacionaria descrito atrás, agravado por fallas de abastecimientos agrícolas, hecho que la encuesta de hogares llevada a cabo en 1970 - 1972 no alcanzó a percibir. Existen en Colombia dos encuestas de consumo de los hogares que se pueden comparar hasta cierto punto, una llevada a cabo en 1953 - 1954 y la otra, como ya se anotó, completada en 1972². Durante este lapso un 3% adicional de los ingresos familiares tuvo que dedicarse al rubro de alimentos. Lo que era de esperar, que cuantiosos aumentos de la productividad del trabajo en la industria, la agricultura y los servicios se manifestaran en una disminución de los ingresos dedicados a la mera subsistencia, no se cumplió por varias razones: a) La mayor parte de los aumentos de productividad terminaron en las arcas de los capitalistas, al mantener los niveles de ingreso reales de la población trabajadora lo más bajo posible, aunque, como se verá, algunos elementos del consumo pudieron aumentar como efecto de precios relativos al cambiar radicalmente la productividad de los procesos de trabajo (caso de la avicultura, el arroz y el azúcar), y b) Por otra parte, al darse una situación de deterioro de los ingresos familiares, además del anotado para el nivel salarial, resultado de grandes aumentos de la población desempleada y subempleada; en efecto, en 1954 todavía no se observaba claramente la existencia de una superpoblación con su secuela de tugurios en las ciudades, calles abarrotadas de vendedores ambulantes y creciente indigencia de la población, tanto así que en ese entonces no había siquiera preocupación para medir estadísticamente el fenómeno, aunque las secuelas de la guerra civil, la violencia en el campo, ya se

² Para el análisis que sigue se han utilizado los siguientes documentos y encuestas: "Memoria de las Encuestas sobre Ingresos y Gastos de las Familias de Empleados y Obreros...", en *Economía y Estadística*, número 85, Bogotá 1958. *Encuesta de Hogares*, Fases I y II, Bogotá, 1975. *Índice de Precios al Consumidor 1954 - 1975*, Dane, Bogotá, 1976. "Metodología del Índice de Precios al Consumidor (IPC 40)". Mimeógrafo, Bogotá, 1978. "Ingresos, Consumo y Salud, *Boletín Mensual de Estadística*, números 264 - 265, Bogotá, 1974.

sentían en todas las ciudades del país. Sólo después de 1959 Alberto Lleras Camargo empieza a hablar de “explosión demográfica” para dar alguna explicación improvisada a los grandes contingentes humanos que libera el capitalismo y la violencia contra las masas. Esta situación de superpoblación está particularmente agravada en 1970 cuando los ingresos familiares se contabilizan como inferiores a los de 1953, haciendo por tanto necesario dedicar una mayor proporción de esos ingresos a la adquisición de alimentos. La situación es más grave aún si se considera que la parte del ingreso familiar dedicado al arriendo también aumentó en el período contemplado: para Bogotá, por ejemplo, el ingreso obrero dedicado a arrendamientos fue en 1954 del 14.84%, mientras que en 1970 era de un 23.35%, diferencia que es mucho más aguda aún para la encontrada en alimentos y que refleja, al mismo tiempo, la gran presión sobre el suelo urbano que despliega la incesante inmigración rural, la que es aprovechada por los especuladores y piratas de la construcción para extraer una parte considerable del ingreso de los trabajadores. Ambos elementos del consumo familiar tomados conjuntamente, ratifican un definitivo deterioro de las condiciones de vida de la población colombiana durante unos 25 años de acelerada acumulación capitalista, que no fue suficiente, ni mucho menos, para explotar a toda la población que surgió de los viejos modos de producción; esta población presionó sobre los salarios de los afortunados ocupados y, no suficiente con ello, el régimen político, de por sí autoritario, ha aplicado la represión y la política para desorganizar las luchas de los trabajadores y las masas populares, asegurando de esta manera condiciones de superexplotación de la fuerza de trabajo. Esta situación se manifiesta claramente en las condiciones de consumo de la población que gasta más del 80% de sus ingresos en los solos elementos de vivienda y alimentación, ambos de por sí, como se verá, de una calidad alarmantemente baja y que, de contera, niegan el consumo de la mayor parte de los avances en ese terreno de la “civilización occidental”. Para dar una sola idea, la familia de bajos ingresos en Bogotá en 1970 dedicaba sólo el 1.09% de sus ingresos en artículos escolares y culturales, no tenía teléfono, ni televisor, no gastaba nada en juguetes, iba menos de una vez al mes al cine, cocinaba con gasolina, utilizaba electricidad exclusivamente para el alumbrado y sólo estaba diseminado ampliamente el radio.

La encuesta de 1970-72 está referida al consumo de dos capas sociales de ingresos: hasta \$ 2.500 mensuales (unos US\$ 125 de 1970) que incorporaba un 51.3% de los hogares y participaba con sólo el 17.2% de los ingresos familiares totalizados por la encuesta. El ingreso promedio de esta capa era de \$ 1.478 (alrededor de US\$ 70) mensuales cuyos perceptores son personal administrativo, comerciantes, vendedo-

res, trabajadores de servicios, obreros, artesanos y jornaleros. Las personas o jefes de hogar diferentes a obreros y empleados constituían el 40.1% dentro de esta capa o sea personas con sus propias y muy precarias fuentes de trabajo. El ingreso promedio familiar de 1970 equivalía a \$ 6.500 de 1978, suponiendo que no hubo deterioro de los ingresos que fue muy protuberante dentro de los asalariados de esta capa entre 1970 y 1978, lo que equivalía a 2.7 veces el salario mínimo vigente para el último año. b) El segundo tramo de ingresos estaba compuesto por familias que recibían entre \$ 2.500 y \$ 10.000 mensuales, estaba compuesto por el 39.7% de los hogares, una participación en el ingreso familiar total del 45.9% y un ingreso promedio mensual de \$ 4.573 (US\$ 225), equivalentes a \$ 20.286 de 1978. Este tramo estaba compuesto por profesionales, técnicos, directores y funcionarios públicos. El renglón de mayores ingresos no fue encuestado en sus complicados hábitos de consumo porque representaba sólo el 9% de los hogares, pero se apropiaban del 36.9% del total de ingresos familiares o sea que apropiaban en montos absolutos el doble del ingreso de la capa más baja, pero estaba compuesto por casi 6 veces menos hogares.

Cuadro número 1

Niveles de ingresos	% de hogares	% de ingresos
Hasta \$ 2.500	51.3	17.2
De 2.500 a 10.000	39.7	45.9
De 10.000 y más.	9.0	36.9

FUENTE: DANE, Encuesta de Hogares, Etapa II, 1970.

La encuesta de 1953 contabilizó un ingreso promedio de \$ 1.665 de 1970 para las familias obreras o sea 13.3% más alto que el alcanzado para la unidad familiar en el universo de la encuesta de 1970. Para el rubro de empleados el promedio de 1953 dio \$ 3.650 o sea, este sí un 28% inferior al de 1970. Es obvio que los dos universos de las encuestas son disímiles y no son estrictamente comparables; mientras la encuesta de 1953 no incluyó prácticamente unidades familiares con jefes desempleados o subempleados, prácticamente el 40% de las familias encuestadas en 1970 tenían este problema; en cambio, la encuesta de 1953 incluía casi por definición a personas ocupadas como jefes de hogar de las unidades familiares de su universo. Pero como se ha afirmado atrás, el universo social de 1953 no mostraba todavía los rasgos de sobrepopulación absoluta que empiezan a generarse en forma creciente durante

los años 60. En consecuencia, el deterioro del consumo de las unidades familiares observado durante el período que media entre las dos muestras se debe, en gran medida, al aumento espectacular del subempleo y desempleo. Esto se confirma si se considera que 1953 fue el año cuando los salarios industriales reales tocaron fondo porque es la culminación del período más represivo en la historia nacional, caracterizado por la ilegalización de la central obrera liberal, persecución y asesinato de cientos de dirigentes sindicales, prohibición expresa de huelgas, asistencia de la policía a las asambleas sindicales, etc.³. No se conoce la evolución de otros salarios. Después de eso los salarios dejaron de bajar y a partir de 1955 empieza un proceso de recuperación con aumentos cuasi-constantemente hasta 1970. En el período contemplado el salario industrial prácticamente se duplicó. Sin embargo, el salario mínimo, establecido durante los años 60 sí tuvo un deterioro apreciable entre 1964 y 1970. Como la encuesta de 1970 fija un límite de \$ 2.500 al ingreso familiar, es posible que parte importante de la clase obrera industrial colombiana haya quedado incluida en este estrato porque el salario mensual promedio para ese año fue de \$ 1.670, con el sector de mayor antigüedad y con mayor número de personas trabajando dentro de la familia incluidos en el estrato de \$ 2.500 a \$ 10.000. Si la encuesta se repitiera hoy en día, cuando el salario industrial promedio se ha rebajado a \$ 1.210 (pesos de 1970), se encontraría que la absoluta mayoría de los trabajadores se encuentran en el estrato más bajo.

El peso de la agroindustria como tal en la parte de la canasta familiar dedicada a alimentos alcanza a ser cerca de la mitad de los consumos tanto en la capa de bajos como la de medios ingresos, observándose en ambos casos una disminución de cerca del 3% para la primera y 6% para la segunda entre 1953 y 1970.

³ Pecaut Daniel, "Política y Sindicalismo en Colombia", Capítulo IV, Medellín, 1973.

Cuadro número 2

**PARTICIPACION DE LOS ALIMENTOS AGROINDUSTRIALES
EN LA CANASTA DE ALIMENTOS POR GRUPO DE INGRESOS**

	%	%
	1953	1970
Hasta 2.500 (obreros)	55.5	52.6
De 2.500 a 10.000 (empleados)	56.0	49.6

Nota: La agroindustria corresponde a los rubros de cereales, grasas y lácteos y alimentos varios.

FUENTE: DANE, Metodología del índice de precios al consumidor (IPC-40), Bogotá, 1978 y DANE, El índice de precios al consumidor 1954-1977, Bogotá, 1978.

La baja relativa de la participación de los productos agroindustriales en la canasta puede desglosarse en dos tipos posibles de explicaciones: a) El deterioro observado en la capa baja de ingresos puede deberse a la disminución del ingreso real por cada miembro de la unidad familiar, reduciéndose entonces el consumo a las más estrictas necesidades alimentarias, alimentos frescos que serán elaborados dentro del hogar, y b) Más importante parece ser, sin embargo, que los precios relativos de los alimentos procesados bajaron, mientras que los de los alimentos frescos aumentaron. Este efecto puede observarse con algún detalle en el siguiente cuadro:

Cuadro número 3

ESTRUCTURA DE LA CANASTA DE ALIMENTOS

	Hasta \$ 2.500		De \$ 2.500 a \$ 10.000	
	1953	1970	1953	1970
Cereales	23.2	19.1	20.4	15.9
Tubérculos	14.8	14.3	10.9	11.1
Hortalizas	3.8	6.2	4.7	7.0
Frutas	1.4	3.9	2.8	7.0
Grasas y Lácteos	17.6	19.3	23.1	21.0
Carnes	24.5	23.0	25.5	25.3
Varios	14.6	14.2	12.5	12.7

FUENTE: DANE.

Como bien puede observarse, los rubros de hortalizas y frutas elevan su participación, tubérculos y carne son estables, mientras que cereales y grasas y lácteos bajan. Una ojeada a los precios relativos a alimentos (promedios), indica que ítems como el plátano, el banano, la naranja, el tomate, la papa y la panela tuvieron alzas de precios entre 1955 y 1970 muy superiores al promedio de alimentos, mientras bajaron relativamente el pan (que se trepa después de abolido el sistema de subsidios de la PL480 en 1973), el arroz, el café, el azúcar, el pollo y el huevo. En términos generales, la agroindustria se apoya en la agricultura comercial, que utiliza la más moderna tecnología, cuyos precios relativos bajaron en el período contemplado, mientras los alimentos frescos, atendidos todavía en forma importante por la agricultura parcelaria, tendían al alza de precios, por la situación de crisis y abandono de parcelas que se manifiesta a todo lo largo del período dentro de la economía campesina. Esto significa que los aumentos de productividad o desarrollo de fuerzas productivas en la agricultura colombiana fue un proceso muy desigual y aplicable sólo a algunos renglones de ella, lo que claramente favoreció el consumo de una parte de las necesidades de la población. Uno de los casos más claros fue el de la carne, cuyos precios relativos fueron similares a los de promedio, por condiciones naturales propicias, ya que la evolución tecnológica aquí fue extremadamente lenta, pero cuando se abrieron mercados externos la proteína animal fue sustraída del consumo de las capas de ingresos más bajos.

Más aún, lo que muestra la encuesta de 1970, cuyo diseño fue incluso orientado por los ítems más consumidos, es que los productos más elaborados de la agroindustria no fueron incluidos en el cuadro final y los que sí fueron incluidos, como salsa de tomate, mayonesa, mermelada, café soluble, mantequilla, queso, mortadela, etc., no obtuvieron ningún registro en la capa de ingresos más bajos. De estos productos, sólo la margarina obtiene un registro de alguna importancia. La leche en polvo era consumida por la capa de ingresos bajos en las ciudades de Cali y Manizales, que tienen un abastecimiento muy deficiente de leche fresca; en las demás ciudades no hubo tampoco registro. Esto, a grandes rasgos, significa que las agroindustrias que desarrollan productos más elaborados y sofisticados encuentran mercado casi exclusivamente en las capas de la población de ingresos medios y altos, mercado que no deja de ser dinámico si se considera que concentraba en 1970 el 82.8% de los ingresos familiares totales, aunque sólo abarcara a poco menos de la mitad de las unidades familiares.

Es nuevamente desconcertante encontrar que en vez de existir progreso social en el país, en el sentido que el consumo de alimentos más elaborados, con ahorro de tiempo de trabajo en la cocina taller (ali-

mentos precocidos, sopas, enlatados, cereales ya amasados, etc.) aumente con el desarrollo de las fuerzas productivas sociales, lo que suceda es que disminuya el componente agroindustrial en la canasta alimenticia, por pérdida de productividad en la agricultura parcelaria y la tremenda restricción de ingresos para la unidad familiar, a pesar de que los precios relativos puedan indicar que el consumo per cápita no haya disminuido tanto como lo sugerirían los resultados brutos de las dos encuestas. El hecho es que el desarrollo de fuerzas productivas que ha habido, sobre todo en la agricultura comercial sí ha favorecido de alguna manera el consumo popular, pero este efecto ha sido neutralizado en buena medida por el deterioro de la situación social de la población, por un lado, y por la crisis de producción que incuba el desarrollo terrateniente de la agricultura colombiana. En otras palabras, el desarrollo de la productividad de por sí no implica un mejoramiento sustancial del nivel de vida de la población en tanto la distribución del producto entre capital y trabajo asalariado favorezca abrumadoramente el primero y que, además, las secuelas de la acumulación o de sus crisis periódicas impliquen un desequilibrio creciente entre población y empleo que acaba por impedir un nivel de consumo adecuado para la mayor parte de la población colombiana.

En torno a los hábitos de consumo que se derivan de la superexplotación del trabajo y el desarrollo desigual de fuerzas productivas en Colombia, el promedio de necesidades per cápita y las disponibilidades calculadas en bruto arroja voluminosos déficit en 1970 de leche, hortalizas y frutas (entre 50 y 70% de las necesidades cubiertas), como también de grasas (-26%), carne y huevos (-20%), mientras que se registran excesos en tubérculos (47%), sobre todo de papa, un exceso también de harinas, basadas en el arroz (180%!) y sobreconsumo de azúcar (68.2%). Esta es una dieta tremendamente desbalanceada en términos de déficit en proteínas, minerales, vitamina B y grasas, con obvio exceso de carbohidratos y azúcares que engañan al cuerpo. Esta es una dieta que conduce al mismo tiempo a la desnutrición y a la obesidad. Por fuera de que el consumo proteínico es deficitario, la carencia de vitamina B y minerales harán más difíciles la absorción de las pocas proteínas disponibles. El exceso de azúcar señala la alta propensión a la diabetes entre la población. Las muertes por gastroenteritis alcanzan a ser del orden del 20/1.000 entre la población infantil y del 10/1.000 entre la población total lo que apunta hacia estados calamitosos de indefensión orgánica.

Lo anterior es cierto a nivel global. Sin embargo, en términos de estratos de ingresos la situación es más grave que la señalada por el promedio, ya que según la encuesta de hogares de 1970, que elaboró

una canasta ideal básica y supereconómica y la comparó con la canasta real, encontró que la ideal se adquiriría sólo en un 35 a 40% de sus componentes en las 7 ciudades principales del país para los ingresos inferiores a \$ 1.500 mensuales o sea hasta dos miembros de la familia percibiendo el salario mínimo. Aun hogares con ingresos entre \$ 1.500 y \$ 3.000 mensuales (entre 2 y 4 salarios mínimos) no llegaban a adquirir sino el 70% de la canasta básica.

Esta es una situación de desnutrición masiva que afecta a más del 60% de la población urbana del país (la situación en el campo debe ser aún más deplorable) y en particular afecta a la niñez. En efecto, según un estudio de 3.400 niños de familias de bajos ingresos llevado a cabo por el Instituto de Bienestar Familiar, se encontró que el 67% de los infantes presentaban algún grado de desnutrición. Estos son niños que no consumen las leches maternas de la Nestlé sino que se les prepara teteros de agua de panela (un tarro de leche infantil tiene un precio similar al diario contemplado en el salario mínimo).

Vale la pena reseñar otras tendencias y cambios en el consumo entre 1954 y 1970 para mostrar cómo el desarrollo capitalista del país ha conducido a un deterioro general de las condiciones de vida de la población. En este sentido se encuentra que el consumo de proteína vegetal (fríjol, lenteja, soya) entre la población ha sido siempre deficitario (-36% en 1970 sobre los niveles adecuados), con la excepción de la región antioqueña donde histórica y culturalmente hace parte de la dieta popular. Mientras la harina de soya y los experimentos del Gobierno en elaborar alimentos preparados a base de ella han fracasado, la producción de fríjol ha sido relativamente deficitaria y sus precios son altos. El maíz como harina básica ha venido disminuyendo frente al aumento del pan y sobre todo el arroz y la papa, siendo un cultivo de la economía campesina que arroja déficit de producción cada vez mayores.

El consumo de proteínas animales y sobre todo de carnes rojas no es tan deficiente (como ya se vio un -20% de promedio en relación con las necesidades) lo que se debe a que la ganadería es una actividad que reposa sobre muy extensas propiedades territoriales, con regímenes de pastos naturales y consecuentemente bajos costos de producción, pero aun así la oferta es inadecuada por las prácticas de baja productividad que caracterizan a los terratenientes ganaderos. La encuesta de hogares de 1970 demuestra que la capa de la población de bajos ingresos consume huesos de res y muy poca carne pulpa, caso contrario a la capa de ingresos medios, y ese bajo consumo tuvo que restringirse aún más después de 1970, cuando empezó la exportación de carnes y "deshechos" que eran precisamente la base de dieta popular. En relación con las

carnes blancas, el aumento de productividad de la avicultura ya se registra en un aumento considerable del consumo; con relación al huevo, aumenta el consumo familiar de 11 unidades en 1953 a 32 en 1970, pero aun así éste todavía tiene más que triplicarse para alcanzar el consumo de un huevo diario por persona.

Una encuesta reciente muestra que el consumo de productos cárnicos es deficiente, según la cantidad mínima recomendada por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, para el 64% de la población urbana de Bogotá y arroja los siguientes resultados según estratos:

Cuadro número 4
CONSUMO PER CAPITA MENSUAL DE CARNES
 (Kgs. por mes)

Estrato	Res	Pollo
Bajo	2.3	0.2
Medio Bajo	3.6	0.6
Medio	4.8	0.9
Medio Alto	5.7	1.0
Alto	6.9	1.3
Ponderado	3.4	0.6

FUENTE: Encuesta Corabastos, Bogotá, 1978.

En relación con los azúcares, la comparación de las dos encuestas señala una baja apreciable del consumo de azúcar negra y panela, del -24% para bajos ingresos y -55% para empleados en términos de proporción del ingreso destinado a este rubro, disminución que debe ser mayor porque los precios relativos de la panela frente al azúcar van al alza, mientras que se triplica y duplica respectivamente la participación de esta última en el gasto. Esto lleva por una parte al menor consumo de sales minerales que contiene la panela (hierro en particular) y por otra parte al exceso de consumo de azúcar blanca con los peligros diabéticos ya señalados para la población. El caso del arroz, junto al del azúcar, que aumenta su participación en el gasto a la vez que sus precios relativos también bajan, es reflejo de un avance de las fuerzas productivas en la agricultura que alcanza a beneficiar a la población, pero lo hace favoreciendo una dieta inadecuada, sobrecargada de carbohidratos. En particular el arroz es consumido sin cáscara, desperdiciando de esta manera sus contenidos minerales y vitamínicos. Sólo en 1978 aparece en el mercado un arroz que es pilado conservando la corteza

del grano que no pierda sus nutrientes, pero su precio es más alto que el del arroz blanco y esto lo hace quedar por fuera de la capa de bajos ingresos de la población.

Cuadro número 5
CONSUMO FAMILIAR DE ALGUNOS PRODUCTOS EN BOGOTA
 (Libras por mes)

Item	Obreros 1953	Menos de \$ 2.500 1970
Arroz	18	24.2
Maíz	9.5	5.6
Pan	20.5	14.3
Papa	122	58
Plátano	21	11
Bananos	12	9
Leche	65	48.7
Azúcar	3.5	11.6
Panela	23	19.4
Chocolate	9.5	10

FUENTE: 1953, Economía y Estadística número 85, 1958,
 página 221.
 1970, Metodología del índice de precios al consu-
 midor, DANE, 1978.

En síntesis, entonces, resulta obvio que la industria agroalimentaria en el país cabalga sobre un mercado que es reflejo de la distribución desproporcionada del ingreso nacional entre capitalistas, terratenientes y capas medias por un lado, que consumen la gran mayoría de los productos sofisticados que son introducidos por las transnacionales, y, por otro lado, los trabajadores, los subempleados y desempleados que se aferran al consumo de los productos de altos contenidos de carbohidratos y azúcares, los deshechos de la industria cárnica y que tienen un acceso muy parcial a las proteínas, los lácteos y las grasas. Lo que es peor es que esta situación alimentaria de 1970 se ha agravado considerablemente hasta el presente por las políticas de sobreacumulación, rebaja de salarios reales y concentración del ingreso que han propugnado el neoliberalismo económico y, además, con las crisis periódicas por las que ha atravesado la agricultura durante estos últimos años. ¿Qué queda, entonces, de un sistema capitalista que evidentemente desarrolla las fuerzas productivas al nivel técnico, pero que al mismo tiempo tiende a anular una parte considerable de la fuerza productiva fundamental de la sociedad que es precisamente el hombre?